MOVIMIENTO SIN META: PROBLEMAS METODOLOGICOS Y TEORICOS EN LA HISTORIA ORAL*

Ronald J. Grele

Durante los últimos diez años ha tenido una rápida expansión el acopio de testimonios orales como técnica auxiliar de estudios históricos. Tanto en términos del número de personas entrevistadas como del número de proyectos establecidos, ha estado creciendo en forma sostenida lo que bastante flojamente se denomina "historia oral".¹ Otro tanto ha sucedido con su reputación, si se toma como ejemplo de opinión en la profesión en general el informe de la comisión de la American Historical Association sobre el estado de AHA y sus recomendaciones.² A pesar del crecimiento y de la evidencia de historia oral en su propio trabajo, ha habido poca discusión seria de la historia oral por parte de los historiadores. La tendencia dominante ha sido la de demostrar un enorme entusiasmo por el impreso público y sospechas profundas en la conversación privada. Ninguna de ambas actitudes se refieren directamente a las cuestiones que debieran plantear el uso de las entrevistas orales para los fines históricos.

Abundan los ejemplos del entusiasmo del historiador por la historia oral. Típicas de esta reacción fueron las críticas de *Hard Times* de Studs Terkel y de la biografía de Huey Long del profesor T. Harry Williams.³ El elogio de tales obras, si bien se justifica en muchos sentidos, también contiene una falta de perspectiva porque, como observa Michael Frisch en la crítica más concienzuda de *Hard Times* que he leído, "... la historia oral es de tal interés e importancia autoevidente que ha resultado difícil que la gente la tome en serio". Frisch quiere decir:

* Ronald J. Grele (comp.). *Envelopes of sound. The art of oral history*. Chicago, Precedent Publishing, 1975, págs. 127-154.

...que aquellos interesados en historia, cultura y política han respondido tan intuitivamente al trabajo reciente en historia oral que en general no se han detenido a pensar en lo que es, a niveles que están más allá de lo obvio, y que la hace tan merecedora de que se la practique.⁴

A pesar de esa aceptación acrítica de los resultados del uso del testimonio oral, hay evidencias de escepticismo, de duda y de desconfianza de la historia oral entre los historiadores profesionales, aquellos a los que se les paga por escribir y enseñar historia. Aunque sólo en ocasiones surgen a la superficie, estas dudas están institucionalizados dentro de la profesión en la organización y en las convenciones de nuestra práctica. Pocos departamentos de historia enseñan o fomentan el trabajo de campo en las entrevistas orales o la historia oral. Pocos departamentos están dispuestos a aceptar las responsabilidades financieras o intelectuales de los proyectos de historia oral. Más revelador es el hecho de que mientras la compilación y edición de manuscritos o de correspondencia personal ha sido largamente considerada una tarea legítima tanto para los candidatos al doctorado como para los estudiosos profesionales, ningún departamento de historia del que yo tenga noticia le otorgaría un doctorado a uno de su estudiantes a cambio de la presentación de un conjunto de historias orales cabalmente documentadas y bien encaradas, y pocos historiadores recibirán amplio elogio por la publicación de entrevistas bien editadas como regularmente se hace en otras disciplinas. En suma, lo que está diciendo la profesión es que la historia oral no es una práctica respetada de la historia.

Esta actitud no es ni nueva ni singular. En un período de declinación de las oportunidades de empleo, los historiadores tienen una visión muy limitada de su dominio profesional. "Si hubiese sido suficiente la inspiración de Clío, tendríamos ahora sólo una disciplina científica social. Se llamaría historia".⁵ Pero este no ha sido el caso. Los historiadores han permitido que la enseñanza de bibliotecarios, archivistas y bibliógrafos pasara a otros por descuido. Y otro tanto ha sucedido con la historia oral: despreciados por la profesión, en su mayor parte los historiadores sociales se han vuelto hacia los bibliotecarios y los archivistas en busca de apoyo y sustentación. Ellos, a su vez, han sido mucho más

hospitalarios,⁶ reforzando así por supuesto las sospechas de la mayoría de los historiadores que, con las mejores intenciones del mundo, no pueden concebir a bibliotecarios y archivistas como significativos iniciadores de seria erudición.⁷

Algunas de las dudas de los historiadores profesionales sobre la historia oral surgen en ocasiones cuando los historiadores deben evaluar obras tales como las entrevistas de historiadores realizadas por los profesores Garraty y Cantor.⁸ Aunque estas críticas suelen ser muy corteses y rara vez formulan preguntas acerca de los límites metodológicos de la historia oral, aun donde sería lógico esperarlas. Los profesores Cantor y Garry han demostrado en sus entrevistas poco interés por las técnicas para la entrevista desarrolladas por otras disciplinas como la antropología, la sociología, el folklóre, incluso las relaciones industriales. Ellos y otros tienden a hacer las mismas preguntas mal preparadas y formuladas con sorprendente regularidad. En cuanto a *Hard Times*, es dable cuestionar las técnicas de edición empleadas por Terkel, sus preguntas crípticas y la naturaleza de las memorias históricas de su informantes. Como observa el mismo Terkel, su trabajo no es la historia sino la memoria, y él no está buscando el hecho sino la verdad que ésta detrás del hecho. Tales distinciones plantean serios problemas teóricos que en general no han sido encaradas por los historiadores profesionales. También se pueden plantear importantes preguntas acerca de tales obras como la del profesor Williams, que se basan tanto en documentos que no estarán disponibles para lecturas alternativas por parte de otros estudiosos en los años próximos.

Para ser justos, se debe observar que entre unos pocos historiadores ha suscitado una seria preocupación por estas cuestiones. Williams Cutler, de Temple University, se ha mostrado particularmente expresivo al advertir a los historiadores orales acerca de los caprichos de la memoria y al cuestionar algunas de nuestras suposiciones básicas sobre el efecto del entorno cultural y otras influencias sobre la validez del testimonio oral.⁹ Charles Morrissey, Gould Colman y Saul Benison continuamente han acentuado la necesidad de pautas de erudición para la historia oral y han planteado otras preguntas metodológicas serias.¹⁰

A pesar de estas advertencias y de la aprobación pública que se les dio, la historia oral en gran medida ha quedado

perjudicada, en las palabras de la crítica de Gershon Legman al folclore, con un "...interminable garrapateo de formas insignificantes y (una) ignorancia de significado para la gente que transmite el material".¹¹ La calidad de las entrevistas de la historia oral varía muy ampliamente, como lo revelan los materiales ahora disponibles de la Columbia University Oral History Office (aunque esta dura crítica debe atenuarse con el recordatorio de que Columbia es uno de los pocos proyectos de historia oral que ha tratado de que sus entrevistas sean ampliamente disponibles). Pocos historiadores orales son obligados a presentar su trabajo a la crítica pública. Muchos entrevistadores tienen una mala preparación y son demasiados los que están dispuestos a conformarse con niveles periodísticos de utilidad. En muchos proyectos es demasiado poco el tiempo dedicado a la investigación necesaria para preparar una entrevista.

Los historiadores orales son propensos a precipitarse a preguntar cómo sucedió sin dedicar meses arduos a la revisión de los materiales escritos relacionados. Lo que es peor, sus patrocinantes a menudo alientan esa actitud y esa práctica. Hay mucho espacio para la especulación sobre la confiabilidad de los productos de tales actividades.

En esta situación, el historiador ha tenido poco que ofrecer en cuanto a crítica constructiva. Hace ocho años, Donald Swain observó la "necesidad de... mayor atención a los problemas de la historia oral de parte de los historiadores actuantes".¹² Poco se ha hecho para satisfacer esa necesidad. Como se observó anteriormente, los historiadores no han planteado las preguntas historiográficas pertinentes en cuanto a las entrevistas de historia oral al encarar importantes trabajos con el uso de la técnica. En la mayoría de los casos se han limitado derivar a otros sus responsabilidades y a esperar lo mejor, y cuando han ofrecido crítica o comentario, sus observaciones generalmente han sido informadas por un miope fetichismo con artículos o libros, definiciones insuficientes de sus propias pautas de juicio, y la hostilidad y la renuencia a entender otras disciplinas de las ciencias sociales.¹³

En general, las críticas que se le ha formulado hasta hora a la historia oral pueden clasificarse según tres categorías: entrevistas, niveles de investigación para la preparación y cuestiones de metodologías históricas. El historiador social debiera poder encarar el primer conjunto de estas críticas

con bastantes facilidad, porque existe una bibliografía ya adecuada y un cuerpo ya existente de conocimientos relativos a las técnicas de entrevista y de interrogatorio a disposición de los interesados.¹⁴ Si bien buena parte de la literatura puede no preparar al entrevistador para la naturaleza casi confesional y diversas otras respuestas que se engendran en la entrevista abierta, como observa Richard Sennett y Jonathan Cobb,¹⁵ no hay razón para que un entrevistador, si está bien preparado, no pueda lograr el control sobre estas técnicas.

La segunda categoría de problemas, aquellas centradas en los niveles de investigación, pueden satisfacerse muy energicamente con la simple insistencia en que se esperen los niveles más altos de investigación y preparación de los historiadores sociales. Estos son los problemas que enfrentan todos los historiadores y corresponden los mismos cánones de prácticas. Las fuentes deben ser controladas, se debe prever la documentación y se debe sopesar cuidadosamente la evidencia. En este sentido, las entrevistas de la historia oral no representan ninguna desviación importante respecto de la metodología de otras formas de la investigación histórica. No hay ninguna otra solución para este problema, "...excepto en el ejercicio de ese juicio personal que el historiador debe aplicar a toda fuente de información".¹⁶ Para asegurar tal práctica, los historiadores a los que se les pide que revisen trabajos basados en historias orales deben insistir en una revisión de las entrevistas usadas para la documentación.

Las cuestiones de método no pueden desecharse tan fácilmente. Como han observado los criterios más persuasivos, hay cuestiones reales y serias que deben enfrentar los que practican la historia oral. Pero muchas de estas cuestiones no son aquellas específicamente notadas por los historiadores. Cuando los historiadores afirman que los entrevistados en la historia oral no son estadísticamente representativos de la población en general o de algún segmento particular de la misma,¹⁷ plantean una cuestión falsa y de ese modo oscurecen un problema mucho más profundo. Los entrevistados son seleccionados no porque representen alguna norma estadística abstracta, sino porque tipifican procesos históricos. Así, las preguntas a formular son relativas al concepto de un historiador de un proceso histórico: (es decir: su propia concepción de la historia) y la

relevancia de la información acopiada para ese proceso particular. Las cuestiones reales son historiográficas, no estadísticas.

Otra advertencia errónea de la profesión se refiere a la primicia del testimonio escrito respecto del testimonio oral. La historia oral, dice el argumento típico, "...no puede competir con un diario auténtico, con un informe de Bolsa contemporánea o con un relato de un testigo presencial transcripto el día del acontecimiento". Pero, nos dicen, "...probablemente se la deba calificar por encima de la evidencia rumoreada contemporánea".¹⁸ No sólo esta crítica ignora los problemas de exactitud que enfrentan los historiadores que usan el testimonio escrito, sino que ignora una creciente literatura sobre el análisis del testimonio oral para los fines históricos.¹⁹ La utilidad de toda fuente depende de la información que se está buscando, o de la pregunta que se intenta responder. Es posible sostener, como Ruth Finnegan, que el testimonio oral o la "literatura" tiene sus propias características y no debe ser entendida mediante la aplicación de pautas de juicio literario.²⁰ En algunos casos, el testimonio oral puede ser más pleno y exacto que el testimonio escrito. Porque, como observó Platón respecto de las obras de arte, y por extensión los documentos escritos, "se diría que están hablando como si fueran inteligentes, pero si se les pregunta acerca de lo que están diciendo y se desea saber (más), siguen diciendo una y la misma cosa para siempre".²¹ Así, las críticas del testimonio oral a menudo yerran porque no comprenden que para criticar seriamente toda forma, es necesario entender precisamente qué es lo que se está por evaluar.

Las mismas calificaciones deben aplicarse a esas críticas que cuestionan la exactitud de la memoria o la intrusión de sesgos subjetivos o sociales.²² Todo depende de las preguntas que se trata de responder. Un lingüista que está investigando la variedad, el contexto y el estilo lingüístico del lenguaje de los americanos étnicos, se interesa en una clase diferente de exactitud que la de un historiador.²³ Otro tanto sucede con los investigadores de la salud o los que se interesan en la conducta sexual.²⁴ Obviamente, el entrevistador cuidadoso trata, como sugiere Cutler, de superar esos problemas, pero debe entenderse que no todos los usos históricos de la información son cubiertos por las preguntas convencionales de los historiadores.²⁵

Por importantes que esas preguntas puedan ser, siguen siendo simples preguntas de método y dependen en gran medida de un marco de referencia teórico en cuanto a su significado y a sus respuestas, y es a ese nivel que la falta de un análisis serio de las entrevistas de historia oral ha tenido sus efectos más nocivos. La triste condición de nuestros conocimientos teóricos acerca de la historia oral, y la falta de esfuerzos serios para dirimir exactamente qué es o debiera ser una entrevista oral, cómo se la debe analizar, o para qué fines, ha tenido como consecuencia una situación de interminable actividad sin meta ni significado. En consecuencia, la historia oral no se ha convertido en una herramienta para un análisis serio de la cultura. Ha continuado como un movimiento sin meta, con todos los problemas típicos de tal situación.

Los dos debates más significativos sobre la naturaleza de la historia oral son los presentados por Cutler y Benison, y Staughton Lynd y Jesse Lemisch. Como los cuatro intentaron al menos encarar las más importantes cuestiones teóricas e historiográficas planteadas por la entrevista, es conveniente observar aquí los puntos que ellos destacan. En el primer caso, Cutler sostiene que una entrevista de historia oral tal como existe en su forma final —una transcripción— es "materia prima semejante a cualquier otra fuente".²⁶ Pero Benison ha sostenido que una historia oral es un recuerdo autobiográfico y, notando debidamente el rol creativo del historiador-entrevistador, lo ve como "una primera interpretación, filtrada a través de una experiencia individual particular en un momento particular del tiempo". Es, sostiene, un primer ordenamiento, "un comienzo de la interpretación aunque no un fin".²⁷ En el segundo debate, Lind ha afirmado que la historia oral es la historia misma, en la forma de una conciencia expresiva. Impresionado con las oportunidades muy reales que ofrece la historia oral para la historia de lo "no expresado", y por la dinámica de la situación de entrevista, ha requerido un nuevo uso radical para la historia oral. En respuesta, tiene una visión más tradicional de un entrevista de historia oral como un documento limitado sobre el cual se construye una nueva síntesis histórica.²⁸

Pero ninguna de estas discusiones ha tenido como consecuencia una seria reformulación del pensamiento sobre la historia oral entre los historiadores orales mismos y otros de la profesión. Ambas discusiones se centran

también en un número de suposiciones cuestionables que hasta ahora no han sido disputadas. Cutler y Lemisch, en su visión de las entrevistas de historia oral como fuentes y documentos, parecen haber confundido esas entrevistas, que son una forma de testimonio oral, con las fuentes de manuscritos escritos. A diferencia de estas fuentes tradicionales, las entrevistas de historia oral son construidas, para mejor o para peor, mediante la intervención activa del historiador. Son una creación colectiva e inevitablemente llevan incorporados ordenamiento, selección e interpretación históricos preexistentes. A diferencia de las cartas, los registros, los materiales de archivo y otras fuentes de manuscritos, son creadas después del hecho, por historiadores, por lo que son documentos en verdad muy singulares.

Por otra parte, mientras Benison y Lind reconocen el rol activo del historiador-entrevistador, sus análisis se ven perjudicados por marcos de referencia diferentes aunque igualmente limitados. Benison, a pesar de su análisis expresivo y creativo de la historia oral, de todos modos es renuente a ver las entrevistas como productos finales completos en sí mismos.²⁹ Aún limitado por su fetichismo libresco del estudio histórico, Benison no nos dice por qué la narrativa escrita de un historiador, con las adecuadas notas al pie de su entrevistas, se califica mejor en exactitud o interpretación que las entrevistas mismas. Puede ser que, aun admitiendo la excelencia de la biografía de Huey Long, o el comentario a veces útil de *The Hidden Injuries of Class* y de otras obras que emplean historias orales, a la larga las entrevistas mismas resulten mucho más útiles a los estudiosos que los textos injertados sobre esas entrevistas.

Esta es, por supuesto, la más útil de las percepciones de Lind pero, lamentablemente, al acentuar el potencial para agudizar la conciencia que tiene la entrevista, él parece haber confundido el momento de presentación con el material presentado, y la historia como proceso con la historia como estudio, disciplina o acción cognoscitiva. Además, parecería haber amplias brechas teóricas entre la entrevista, la conciencia y la "praxis" que, en especial para un marxista, deben expresarse con mayor precisión.

Por todas estas razones, esos debates y discusiones, si bien dignos y refrescantes, no han comenzado a rendir la clase de introspección teórica que necesita la historia oral. Tal introspección debe comenzar con el objeto que se tiene

a mano, la entrevista como producto final, qué es y qué debiera ser, porque es sólo en este marco que podemos empezar a discutir qué clases de información estamos obteniendo, qué es lo que estructura una entrevista, y cómo se la debe realizar. Iniciar una discusión tentativa de estos puntos es el objetivo del resto del capítulo.

La primera pregunta que debe formularse, antes de que podamos comenzar la clase de análisis que necesita la historia oral, se refiere a la naturaleza del producto final que es creado por el historiador oral y su sujeto: la entrevista. Por razones ya observadas, el producto final de la historia oral no es una monografía o una narración histórica basada en entrevistas como fuentes. La entrevista puede ser usada para tal trabajo, pero toda la jactancia orgullosa acerca de cuántos historiadores usan nuestro trabajo para sus propias publicaciones no debe oscurecer el hecho de que el foco de la historia oral es registrar una entrevista en forma tan completa como sea posible, una entrevista que contiene dentro de sí su propio sistema de estructuras, no un sistema derivado de las estrechas convenciones de la historia escrita.

Si este es el caso, y creo firmemente que no es, entonces debemos tratar de definir bastante precisamente cuál es la forma de la entrevista completada. Por razones que ya ha explicado el profesor Tedlock, la forma final de la entrevista no es una transcripción, por bellamente tipeada o indexada que esté. Tampoco es, salvo en el más limitado de los aspectos mecánicos, una cinta, porque la cinta es simplemente una reproducción de los aspectos verbales (o visuales y verbales, si se usa videotape) de un particular conjunto de estructuras o pautas, detrás del cual existe alguna relación humana.

Dada la participación activa del historiador-entrevistador, aun cuando esa participación sólo concita en una serie de gastos o gruñidos, y dada la forma lógica impuesta por toda la comunicación verbal, la entrevista sólo puede ser descrita como una narrativa convencional: conversacional por la relación del entrevistador y el entrevistado, y narrativa por la forma de exposición, la narración de un cuento.³⁰

Si bien algunas pueden construirse como relatos cronológicos de recuerdos personales de acontecimientos, esas narrativas no son autobiografías, biografías o memorias.³¹ Las conversaciones registradas de la historia oral, debe

repetirse, son actividades conjuntas, organizadas e informadas por las perspectivas históricas de ambos participantes y por lo tanto, como me lo señaló el profesor Jan Vansina en una conversación anterior respecto de la *Autobiografía de Malcolm X* de Alex Haley, no son realmente autobiografías. Con independencia de la construcción de la narrativa, el producto que creamos es una narrativa conversacional y sólo puede entenderse entendiendo las diversas relaciones contenidas dentro de esta estructura.³²

Las relaciones en una entrevista de historia oral (narrativa conversacional) son de tres tipos o conjuntos, uno interno y dos externos.³³ El primero une cada elemento, palabra o signo a todos los otros de la entrevista. Relaciona las palabras entre sí para crear un todo. Es la estructura lingüística, gramatical y literaria de la entrevista, y si bien hasta ahora es principalmente el objeto de un análisis lingüístico formal, si se la lee correctamente esta relación proporciona uno de los métodos más excitantes de análisis posible en la historia oral.³⁴

El segundo conjunto de relaciones es aquel que se crea mediante la interacción del entrevistador y el entrevistado. Nuevamente, como lo han demostrado psicólogos, sociólogos y en especial aquellos como Erving Goffman, que están interesados en la interacción de pequeños grupos, estas relaciones están también altamente estructuradas, y si se las analiza en forma adecuada pueden agregar amplias dimensiones a nuestro entendimiento de la clase exacta de comunicación que está teniendo lugar dentro de la entrevista y del significado que se está transmitiendo.³⁵ Están contenidos dentro de esta relación esos aspectos de la entrevista que pueden ser clasificados como desempeño. Como la entrevista no es creada como se crea un producto literario, solo y como resultado de la acción reflexiva, no puede ser divorciada de las circunstancias de su creación, que por necesidad es de participación de la audiencia y de confrontación cara a cara.³⁶ Para analizar una entrevista oral adecuadamente como una narración conversacional, debemos combinar un análisis de las relaciones sociales y psicológicas entre los participantes, y su propiedad para la ocasión, con nuestro análisis histórico.

El tercer conjunto de relaciones presente en la entrevista es más abstracto, menos estudiado y por lo tanto más difícil de definir, aunque de mucho mayor importancia para nos-

otros como historiadores. Cuando entrevistamos a alguien, él no sólo habla para sí mismo y para el entrevistador, sino que también habla mediante el entrevistador para la comunidad más grande y su historia tal como la ve. Este es un diálogo, cuya naturaleza exacta es difícil de definir. Al parecer hay dos relaciones contenidas en una: aquella entre el informante y el historiador, y aquella entre el informante y su propia conciencia histórica.

1/ La primera de estas relaciones es engendrada en gran medida por el historiador, porque es su curiosidad, no la del actor histórico, lo que tanto las preguntas como las explicaciones tratan de justificar. En la mayoría de los casos, el informante ha actuado como si sus ideas de los procesos históricos fueran una realidad dada en su mundo, y no las ha elaborado hasta verse enfrentado con la necesidad de hacerlo por la entrevista.³⁷ La relación que surge así es tanto relativa como equivalente. Es relativa porque la visión que tiene el informante de la historia (su uso, su estructura, un sistema de causa, etcétera) se desarrolla sólo en relación con la visión que tiene el historiador de ese proceso, mientras que la organización que hace el historiador de sus preguntas (la estructura de la entrevista) a su vez se desarrolla en respuesta a las respuestas del entrevistado. Cada idea es entonces una pauta de referencia para la otra. La relación también es equivalente en el sentido de que cuando finalmente se expresa, las preguntas, formuladas y no formuladas, y las respuestas dadas, forman una visión histórica igual a la del historiador e independiente de esta.³⁸

2 La segunda relación, la del informante con lo que él ve como la historia de la comunidad, probablemente sea el aspecto más claramente expresado de la entrevista y también el más difícil de captar, porque es sólo una parte de una visión cultural y una estructura cognoscitiva mucho mayores, y demanda para su análisis un tipo muy especial de lectura. Para leer correctamente la narrativa, para descubrir esta relación y la visión cultural que la informa, debemos darle a la entrevista la misma clase de lectura que Jacques Lacan le ha dado a Freud o que Louis Althusser le ha dado a Marx,³⁹ un método de lectura que Althusser denomina "sintomático".

Mientras pocos de nosotros o nuestros entrevistados creamos narraciones o análisis tan ricos, tan complejos o tan teóricamente sofisticados como los de Freud o Marx, nues-

tras entrevistas, como he tratado de demostrar, son muchísimo más complejas de cuanto solemos suponer. Si se las lee correctamente, nos revelan niveles ocultos de discurso, cuya búsqueda es la meta de la lectura sintomática.⁴⁰ Si son leídas (o realmente escuchadas) una y otra vez, no sólo en busca de hechos y comentarios sino también, como lo sugiere Althusser, en busca de percepciones y descuidos, de la combinación de visión y no visión, y en especial de respuestas a preguntas que nunca fueron formuladas, debiéramos poder aislar y describir la problemática que informa la entrevista particular.

Es al nivel de esta problemática —el contexto teórico o ideológico dentro del cual se encuentran palabras y frases y la presencia o ausencia de ciertos problemas y conceptos— que hallamos la síntesis de todas las diversas relaciones estructurales de la entrevista, así como la particular relación del individuo con su visión de la historia. Lo que estamos discutiendo aquí no es simplemente una *Weltanschauung* (cosmovisión) sino un campo estructural en el cual los hombres viven su historia y que guía su práctica o acción. Dentro de esta problemática, una visión de la historia tiene un papel clave y proporciona al historiador oral una herramienta crítica para la creación y el análisis.

En uno de los ensayos más profundos e importantes de la historiografía norteamericana, Warren Susman ha delineado en forma brillante cómo “la idea de la historia misma, clases especiales de estudios históricos y diversas actitudes hacia la historia —estén concebidos inteligentemente o no— siempre tienen un rol clave dentro de una cultura”. Lo que denominamos una “cosmovisión” (problemática sustituta), sostiene Susman, “siempre contiene una visión más o menos específica de la naturaleza de la historia” y “las actitudes hacia el pasado con frecuencia se convierten en hechos de profundas consecuencias para la cultura misma”.⁴²

Observando que “la idea de historia misma pertenece una clase especial de organización social y cultural”, lo que solemos denominar “sociedades de contrato”, donde el orden social debe explicarse, racionalizarse u ordenarse razonablemente, Susman sostiene que “es la historia la que puede (muy) razonablemente explicar el origen, la naturaleza y la función de varias instituciones y su interacción. La historia parece capaz de señalar la dirección hacia la que avanza una sociedad dinámica. Deriva orden de la variedad

desordenada de las consecuencias del cambio mismo".⁴³

Susman compara la historia, sobre la cual ninguna persona o grupo tiene un monopolio, con sociedades donde predomina el mito, sociedades de status, donde la "visión del mundo" está dominada por mitos profundamente creídos, cuya expresión suele ser prerrogativa de una clase especial de personas, generalmente sacerdotes.⁴⁴ El mito, con su visión utópica, su naturaleza sacerdotal, sus elementos de autoridad en respuesta a la ignorancia, la duda o la incredulidad, funciona en una sociedad como un elemento cohesivo, en contraste con la historia que, dado que explica el pasado para ofrecer modos de cambiar el futuro y sirve como la base de la filosofía política, se convierte en una herramienta ideológica para alterar el orden social. Así, mientras las consecuencias reales se siguen de cada visión del mundo, es la historia, en su forma más ideológica, la que ofrece un plan para la acción social.⁴⁵

Como observa Susman, la visión histórica del pasado no reemplaza una visión mítica: antes bien, en las sociedades históricas existen en tensión dialéctica entre sí y mediante combinación e interacción producen una variedad de visiones históricas. Estas, como lo demuestra Susman en la historiografía norteamericana, pueden convertirse en la base para una morfología del pensamiento histórico:⁴⁶ una morfología que a su vez se convierte en un preciso calibre de las tendencias de la integración o la diferenciación social en la cultura misma, y un índice de la potencia o impotencia de las instituciones de esa sociedad para avanzar la visión cultural de las masas que integran la sociedad.

Todo esto es importante para el historiador, en especial para el historiador oral porque este análisis nos permite centrar nuestras entrevistas en el elemento crucial del pensamiento cognoscitivo del miembro de la cultura en el que estamos particularmente interesados. Así podemos usar la idea de la historia y su relación con el mito y la ideología como la meta central de nuestras entrevistas para captar la problemática más profunda del entrevistado. Pero para ello debemos reconocer primero el rol crucial que tienen las ideologías en la sociedad moderna y desarrollar una metodología para el análisis de la estructura y la función de la ideología.⁴⁷

Una ideología es más que un simple programa político. Como lo discutió Susman y lo definió Althusser, es la

ideología lo que estructura la conciencia de los individuos y sus concepciones de sus relaciones con las condiciones de la existencia, y lo que rige sus acciones y práctica mediante una variedad de aparatos como la familia, la iglesia, los sindicatos, los sistemas de comunicación así como los modos de conducta y el comportamiento. Es la conceptualización básica de las relaciones de una sociedad basada en clases.⁴⁸ Por lo tanto es crucial para un entendimiento de la dinámica de la cultura, las pautas de conducta aprendidas.

La clave para el entendimiento de la función de la ideología está en el concepto de "hegemonía" tal como la desarrolló Antonio Gramsci⁴⁹ porque es mediante la hegemonía —la "lealtad espontánea que cualquier grupo social dominante obtiene de las masas en virtud de su prestigio intelectual y su función supuestamente superior en el mundo de la producción"—⁵⁰ que la ideología logra su importancia como mecanismo de gobierno de clase y halla expresión en las creencias populares.⁵¹ Con una amplia definición de ideología y un correcto entendimiento de la teoría de la hegemonía, sus límites, y los roles que se cumplen mediante una visión del cambio histórico en el desarrollo de una ideología, el historiador oral debería poder sintetizar sus análisis de los tres conjuntos de relaciones contenidas en la entrevista, porque la estructura socio o paralingüística, las pautas de conducta y la teoría de la historia están todas unidas dentro del concepto de ideología.

Anteriormente en este volumen (capítulo II), Alice Kessler Harris observó sus experiencias en las entrevistas con mujeres que habían migrado a los Estados Unidos, y la contradicción entre sus acciones dentro de sus familias y su discusión de las pautas familiares cambiantes. Sepultada debajo de esta contradicción hay una estructura más profunda de la cognición histórica que proclama la necesidad de progreso en historia y la participación del inmigrante en ese progreso. Así, historia y mito han sido sintetizados en una visión dinámica de la vida que si se la analiza con cuidado puede explicar muchas, si no todas, las tensiones de la vida inmigrante en América. En casos tales como este, concentrando nuestras entrevistas en una serie de preguntas que apuntan a que el entrevistado exprese sus ideas del cambio histórico, la causalidad, la evolución de las instituciones y su idea del modo en que el pasado ha sido ordenado y racionalizado, y sobre el cual se predice el futuro, podemos

empezar a explicar el contexto ideológico particular de la entrevista. También podemos entender cómo y en qué medida nuestros informantes han aceptado la visión hegemónica de la cultura, en este caso la idea de progreso.

Por supuesto, tal uso de la idea de historia para obtener un entendimiento de la ideología y así el entendimiento de la dinámica de la historia de la cultura, no está limitado a la historia oral. Los métodos especiales de la historia oral, sin embargo, tornan especialmente útil a tal procedimiento en la estructuración y el análisis de nuestras entrevistas.

La historia oral, casi sola entre las diversas prácticas de la historiografía, depende mucho del trabajo de campo, lo que significa que no sólo podemos volver una y otra vez a nuestras fuentes y pedirles que nos digan más, sino que también podemos explorar las variedades de visiones históricas en mucho mayor detalle y entre condiciones históricas en cambio radical. En verdad, como en el caso mencionado anteriormente, es la misma experiencia de la entrevista lo que puede revelar la contradicción entre ideología, mito y realidad. Mediante la observación cuidadosa y el entendimiento de esta experiencia podemos agregar una profundidad a nuestro entendimiento histórico que nunca se revela en el registro escrito.

También, solos entre nuestros pares nuestros documentos existen en el ámbito del sonido y la visión así como el registro impreso. Si se lo prepara cuidadosamente y se lo lee sintomáticamente, debiéramos poder aportar a nuestro estudio histórico las poderosas herramientas analíticas de disciplinas más avanzadas como la lingüística y la antropología. Al parecer, no debiera haber ninguna razón histórica por la cual los documentos históricos de este tipo no puedan ser sometidos a los mismos tipos de análisis brindados a otras entrevistas en otras profesiones.

Pero para hacerlo necesitamos un concepto mayor y más general de la cognición histórica, porque sin un contexto más amplio dentro del cual colocar la información que recogemos, y los varios aspectos de la entrevista —lingüísticos, de desempeño y cognoscitivos— que sinteticen estas estructuras, corremos el riesgo no sólo de malinterpretar lo que está diciendo y por qué. Es sólo el contexto mayor el que hace que la información transmitida en una entrevista no sea ambigua.

Además, si no vemos a nuestros entrevistados como a

portadores de una cultura y así como gente con su propia visión del pasado, esté esta formada como parte de una ideología hegemónica o en oposición a esa ideología, o como una combinación de mito e estructurada, infundiremos nuestra propia visión del pasado en esa entrevista. Eso es exactamente lo que no debemos hacer. Nuestra meta es traer a la expresión consciente la problemática ideológica del entrevistado, revelar el contexto cultural en que se transmite la información, y así transformar una historia individual en una narrativa cultural y, de ese modo, entender de manera más plena lo que sucedió en el pasado. Mientras esto sólo puede hacerse mediante la interacción de la diversas concepciones del pasado tanto del entrevistador como del entrevistado, las concepciones ideológicas presentes particulares del entrevistador no deben estructurar la expresión.⁵²

La concentración en la interacción de ideología y las diversas concepciones de la historia es también de importancia especial para el historiador oral porque tal metodología es lo que distingue de otros trabajadores de campo que usan entrevistas, como psicólogos, antropólogos y folkloristas. Como historiadores estamos preparados para entender y analizar las variedades del pensamiento histórico y su contexto cultural, y así las entrevistas de la historia oral son sólo una extensión de esa preparación en el campo.⁵³

Esta visión del rol de la ideología, al unir los distintos elementos estructurales de la entrevista de historia oral, también le proporciona al historiador oral un método para ocuparse del molesto problema de la memoria histórica. Nuestro problema, como fácilmente lo admitirá todo el que haya hecho extensivas entrevistas, salvo en casos excepcionales no es el problema del olvido sino más bien el problema de verse abrumado por las reminiscencias y las memorias que fluyen de manera ininterrumpida y al parecer no relacionada.⁵⁴ Si vemos la memoria como una forma o vehículo de cognición histórica y si examinamos cuidadosamente nuestras entrevistas para una visión de la problemática que informa estas memorias, podemos empezar a captar las estructuras más profundas que organizan ese flujo de palabras aparentemente desorganizado, y luego dirigir nuestras preguntas y otras respuestas al desarrollo de una entrevista tan plena como sea posible.

Finalmente, como trabajadores de campo debiéramos adherir a la visión según la cual "...los métodos de acopio

que deben alentarse son aquellos que proporcionan la mayor cantidad de información confiable", en el sentido de proporcionar una visión sistemática de las actividades creativas de la humanidad.⁵⁵ En muchos casos, esa visión sistemática sólo puede ser desarrollada por el historiador oral porque el pasado, tal como ha existido, nunca ha formulado las preguntas pertinentes sobre su propia visión sistemática del mundo, es decir, su propia ideología y su propio mito.

Tal visión del rol de la historia oral —la búsqueda de la matriz ideológica y mítica de la conciencia cultural de la sociedad mediante el desarrollo de la idea de historia— no debe entenderse como una indicación de que el historiador oral está ahora en libertad para ignorar los registros escritos de hechos y acontecimientos para volar con los vientos de la gran teoría. Antes bien, debiera ser un llamado para que los historiadores orales comprendan el potencial de su trabajo y lo tomen con bastante seriedad, haciéndose aun más rigurosos en el uso de los materiales. Tanto la teoría como la práctica rigurosa son necesarias si la historia oral, en las palabras de Henry Glassie, debe contribuir a "...una revolución en la teorización diacrónica y al desarrollo de un entendimiento de lo que realmente hizo la gente en el pasado".⁵⁶

Notas

¹ El panorama más reciente, Gary Shumway, *Oral History in the United States: A Directory* (New York, Columbia University Press, 1970), enumera 230 proyectos. Como esta compilación está ya desactualizada, la cifra tal vez se aproxime más a 450. El proyecto más grande de la nación, en Columbia a partir de 1971 ha entrevistado a más de 2500 personas. *Oral History Report for 1970-71, Columbia University* (New York, Oral History Research Office, 1971).

² American Historical Association, *Newsletter*, vol. X, nº 5 (Noviembre de 1972), pág. 21.

³ Véase en especial la crítica de Richard Rhodes a "Hard Times".

New York Times Book Review, abril 19 de 1970, pág. 1, y la crítica de G. B. Tindall de "Huey Long", *American Historical Review*, vol. 75 (octubre de 1970), pág. 1972.

⁴ Michael Frisch, "Oral History and Hard Times, a Review Essay", *Red Buffalo*, número 2, 3 sin fecha.

⁵ Henry Glassie, "A Folkloristic Thought On the Promise of Oral History", *Selections From the Fifth and Sixth National Colloquia on Oral History*, publicado por la Oral History Association, Nueva York, 1971, pág. 54.

⁶ Owen W. Bombard, "A New Messure of Things Past", *American Archivist*, vol. 18 (abril de 1955), pág. 156. A. Ray Stephans, "Oral History and Archives", *Texas Librarian*, vol. 29 (otoño de 1967), págs. 203-214. M. J. Zachert, "The Implication of Oral History For Librarians", *College and Research Libraries*, vol. 29 (marzo de 1968), págs. 101-103. Algunos incluso han afirmado que la historia oral es demasiado importante para dejarlas a los historiadores: ver Richard A. Bartlett, "Some Thoughts After The Third National Colloquium On Oral History", *The Journal of Library History*, vol. 4 (abril de 1969), págs. 169-172 y Doyce B. Nunis, Jr., "The Library and Oral History", *California Librarian*, vol. 22 (julio de 1961), págs. 139-144.

⁷ En su comentario sobre este artículo el profesor Benison me reprendió porque daba la impresión de estar de acuerdo con esta pobre estimación de bibliotecarios y archivistas. Si esta es la implicación de este párrafo, deseo corregirlo. No tengo esta opinión del trabajo de bibliotecario o archivistas, pero estoy convencido de que una de las razones de la pobre estimación en que los historiadores tienen a la historia oral es su identificación bastante estrecha con la profesión archivística. Esta triste situación es mucho más indicativa de las falsas pretensiones del estudio histórico que del talento de los archivistas.

⁸ Véase en especial la discusión de Peter Gay sobre Norman F. Cantor, *Perspectives on the European Past: Conversations With Historians*, en *American Historical Review*, vol. 77, número 5 (diciembre de 1972), págs. 1404-1405.

⁹ William W. Cutler III, "Accuracy in Oral Interviewing", *Historical Methodos Newsletter*, n^o 3 (junio de 1970), págs. 1-7.

¹⁰ Charles T. Morrissey, "On Oral History Interviewing", *Elite and Specialized Interviewing*, comp. por Lewis Anthony Dexter (Evanston, Northwestern University Press, 1970), págs. 109-118. Gould Colman, "A Call for More Systematic Procedures", *American Archivist*, vol. 28, n^o 1 (enero de 1965), págs. 79-83. Saul Benison, "Reflections on Oral History", *Ibid.*, págs. 71-77.

¹¹ Como se cita en Kennet S. Goldstein, *A Guide for Field Workers in Folklore* (Londres, Herbert Jenkins, 1964), nota al pie, pág. 6.

¹² Donald C. Swain, "Problems for Practitioners of Oral History", *American Archivist*, vol. 28, n^o 1 (enero de 1965), pág. 64.

¹³ El profesor Gay discute *Conversations With Historians* como libro

de texto suplementario o rival, *op. cit.*, pág. 1404. Susanne Paul, de New York Women's Collective critica la historia oral como "elitista" sin definir ese término, y sin tener en absoluto en cuenta que hasta las entrevistas con miembros de la clase trabajadora, son "elitistas" si se hace desde cierta posición ideológica. Comentarios en el Sixth Annual Colloquia on Oral History. Ver también "Is Oral History Really Worthwhile" *Ideas In Conflict: A Colloquium on Certain Problems in Historical Society Work in the United States and Canada*, comp. por Clifford Lord (Harrisburg, Filadelfia, American Associations for State and Local History, 1958).

¹⁴ Véase Eleanor E. Maccoby y Nathan Maccoby, "The Interview: A Tool of Social Science", *The Handbook of Social Psychology*, comp. por Gardner Linzey (Cambridge, Mass., Addison-Wesley Publishing Company, 1954), vol. 1, págs. 449-487, y Goldstein, *op. cit.* Puede hallarse una bibliografía actualizada y anotada de obras relevantes en William H. Banaka, *Training in Depth Interviewing* (New York, Harper and Row, 1970), págs. 162-189.

¹⁵ Richard Sennet y Jonathan Cobb, *The Hidden Injuries of Class* (New York, Alfred A. Knopf, 1972), pág. 24.

¹⁶ Christopher Storm-Clark, "The Miners, 1870-1970, a Test Case for Oral History", *Victorian Studies*, vol. XV, nº 1 (setiembre de 1971), pág. 73. Para una excelente discusión del problema de la exactitud en la historia oral en una situación real de trabajo de campo, ver págs. 69-74.

¹⁷ Cutler, *op. cit.*, págs. 6-7. Leonard Eaton, "Book Review, Two Chicago Architects and Their Clients", *History Methods Newsletter*, vol. 5 nº 4 (Setiembre de 1972), pág. 169.

¹⁸ Vaughn D. Bornet, "Oral History Can Be Worthwhile", *American Archivist*, vol. 18 (julio de 1955), pág. 244.

¹⁹ La obra clásica en este campo es Jan Vansina, *Oral Tradition: A Study in Historical Methodology*, trad. por H. M. Wright (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965). Ver especialmente la Sección III. Véase también Storm-Clark, *op. cit.*, pág. 73.

²⁰ Ruth Finnegan, *Oral Literature in Africa* (Oxford, The Clarendon Press, 1970), pág. 1. Véase también George Ewart-Evans, *Tools of Their Trade: An Oral History of Men at Work, c. 1900* (New York, Taplinger Publishing Co., 1970), pág. 18.

²¹ Como se cita en Finnegan, *op. cit.*, pág. 11.

²² Cutler, *op. cit.*, págs. 1-2.

²³ Para un ejemplo de los intereses de los sociolingüistas ver *Readings in The Sociology of Language*, comp. por Joshua A. Fishman (La Haya, Mouton and Company, 1968). Un ejemplo de uso especialmente interesante de los materiales de la entrevistas es William Labov, "Phonological Correlates of Social Stratification", *American Anthropologist*, vol. 66 parte 2 (diciembre, 1964), págs. 164-176.

²⁴ Kent Marquis, "Effects of Social Reinforcement on Health Reporting in the Household Interview", *Sociometry*, vol. 33, número 2

(junio de 1970), págs. 203-215. jPaul H. Gebhard, "Securing Sensitive Personal Information by Interviews", *Selections*, op. cit., pág. 1163-79.

¹⁰ También, como observó Saul Benison, "Oral History and Manuscript Collecting", *Isis*, vol. 53 (marzo de 1962), págs. 113-117, el acopio de lo que no es verdad a menudo es tan valioso como lo que pasa por verdad.

¹¹ Cutler, op. cit., pág. 7.

¹² Saul Benison, "Oral History: A Personal View", *Modern Methods in the History of Medicine*, comp. por Edwin Clark (New York, Oxford U. Press, 1971), pág. 291.

¹³ El debate Lynd —Lemisch tuvo lugar en un encuentro del Radical Caucus de la American Historical Association y su reunión anual en Nueva York en 1971. Para una exposición más completa de las ideas de Lynd, ver "Guerrilla History in Gary", *Liberation*, vol. 14 (octubre de 1969), págs. 17-20, y "Personal Histories of the Early CIO", *Radical America*, vol. 5, n.º 3 (mayo-junio de 1971), págs. 50-51.

X ¹⁴ Benison, "A Personal View", pág. 293. Esta interpretación apareció originalmente como una advertencia juiciosa para el lector de *Tom Rivers: Reflections on a Life in Medicine and Science* (Cambridge, The MIT Press, 1967), acerca de los límites del testimonio oral. Como tal fue un útil freno para la respuesta excesivamente entusiasta a la historia oral, como ya se ha mencionado. Su inclusión en "A Personal View" (ver nota al pie 27), que es una discusión de los métodos de la historia oral, la eleva a un nivel nuevo y diferente. En el contexto del artículo ya no es una advertencia simple sino una proposición teórica.

¹⁵ George N. Gordon, *The languages of Communication: a Logical and Psychological Examination* (Nueva York, Hastings House, 1969), págs. 111-127. Elizabeth Rumics, "Oral History: Defining the term", *Wilson Library Bulletin*, vol. 40 (marzo, 1966), págs. 602-605.

¹⁶ Para definiciones más precisas de estos términos, ver R. Pascal, *Design and Truth in Autobiograph* (London, Routledge and Kegan Paul, 1960). "Historia oral" como se emplea acá no debe entenderse que incluya "tradiciones orales" como suelen investigarse en otras disciplinas. Nuestra única preocupación aquí es la evidencia o el testimonio de testigo presencial o de segunda mano de los que participaron en acontecimientos pasados o los observaron.

¹⁷ "Estructura": "un conjunto sistemático de transformaciones autorreguladoras". Jean Piaget, *Structuralism*, trad. y editado por Chaninah Maschler (New York, Basic Books Inc., 1970), pág. 44.

¹⁸ De una lectura de Roland Barthes, *Critical Essays*, trad. inglesa de Richard Howard (Evanston, Northwestern University Press, 1972), págs. 51-58, 203-211.

¹⁹ Véase por ejemplo William Labov, *The Social Stratification of English in New York City I* (Washington, D.C., Center for Applied Linguistics, 1966). Uno de los intentos más interesantes de usar

el análisis lingüístico para la historia cultural, que también intenta una necesaria reconstrucción historiográfica en la historia del trabajo, es Robert P. Baker, "Labor History, Social Science and the Concept of the Working Class", *Labor History* (invierno de 1973), págs. 95-105. Véase también Francis Berry, *The Physical Voice of Poetry* (Oxford, Oxford Press, 1962). Para una discusión breve pero convincente de la teoría lingüística y sus relaciones con el significado contextual, ve Dan I. Slobin, *Psycholinguistics* (Glenview, Illinois, Scott, Foresman and Company, 1971).

* Alfred Benjamin, *The Helping Interview* (Boston, Houghton Mifflin & Company, 1969), Erving Goffman, *Relations in Public: Microstudies of the Public Order* (Nueva York, Basic Books Inc., 1971).

* Finnegan, *op. cit.* pág. 2, 9-10.

¹⁷ Hugh Stretton, *The Political Sciences* (Nueva York, Basic Books Inc., 1969), págs. 14-15. Ver también Ronald Blythe, *A Kentfield Portrait of an English Village* (Nueva York, Pantheon, 1969), pág. 20.

* Se recuerda la observación de Collingwood de que "...no se puede descubrir lo que quiere decir un hombre estudiando simplemente sus declaraciones orales o escritas con un perfecto dominio del idioma e intenciones absolutamente veraces. Para descubrir su significado, se debe saber cuál fue la pregunta (una pregunta de la mente de él y que él presume que es de uno) que trató de responder con lo que ha dicho o escrito". R.G. Collingwood, *An autobiography* (Oxford, Oxford Press, 1951), pág. 31.

¹⁸ Jacques Lacan, *The Language of the Self: The Function of Language in Psychoanalysis*, editado y traducido por Anthony Wilden (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1968). Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*, trad. al inglés por Ben Brewster (New York, 1970).

¹⁹ Althusser, *op. cit.*, págs. 16-17; 316.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Warren I. Susman, "History and the American Intellectual: Uses of A Usable Past", *American Quarterly*, vol. 16, Parte 2 (verano de 1964), pág. 243.

²² *Ibid.*, pág. 244. Véase la discusión del papel del mito entre Fon y Ashanti en Finnegan, *op. cit.* pág. 365. Ver también W.R. Bascom, "The Forms of Folklore: Prose Narratives", *Journal of American Folklore*, vol. 78 (1965), pág. 4.

²³ Susman observa, en nota al pie de pág. 245, su uso particular de los términos "mito", "utopía", "historia" e "ideología", pero es realmente el término "ideología" como se deriva de Ben Halpern, "Myth and Ideology in Modern Usage", *History and Theory*, vol. 1, (1961), págs. 129-49, el que se emplea idiosincráticamente. Ideología se emplea aquí en el sentido de un análisis de la estructura social, y un plan de acción derivado de ese análisis, que propone una forma sociopolítica en la que una y sólo una clase de gente (no importa cómo se la defina) lleva el peso de toda la cultura. Ver

también Althusser, *op. cit.*, pág. 314. Una ideología, en este sentido, se convierte en la forma crucial de conciencia que se institucionaliza en diversos aparatos para asegurar la continuación o la promoción de la reproducción de las condiciones de producción. Althusser, *Lenin and Philosophy and Other Essays*, trad. al inglés por Ben Brewster (New York, Monthly Review Press, 1971), págs. 127-186. El mito, como lo usan Halpern, Susman y aquí, no significa algo "incorrecto" o "erróneo", ni es simplemente un cuento o una narración, sino más bien un medio de cognición por el cual la experiencia humana es interpretada y entendida. En su comentario sobre este artículo el profesor Vansina sostuvo que era una definición altamente romántica de "mito", que rara vez se encuentra en sociedades supuestamente "míticas". Hay dos razones, creo, para esta crítica. En la versión original de este artículo no acentúe en modo suficiente la interacción dialéctica de mito e historia. Estos no son modos separados de pensamiento sino que, en efecto, más a menudo están contenidos como elementos antagónicos en toda interpretación particular. En segundo lugar, el profesor habla aquí por su experiencia en Africa donde, en parte debido a su propio trabajo, hemos descubierto que lo que supuestamente eran sociedades "míticas" en verdad poseen tradiciones históricas muy fuertes y reales.

Un ejemplo interesante de una visión elitista de la historia que se convierte en mito puede encontrarse en James W. Wilkie, *Elitelore* (Latin American Studies, volumen 22, 1973).

⁴⁶ Que esta visión de la tensión entre mito e historia puede tener implicaciones mayores se ve en la distinción notablemente semejante trazadas por Claude Levi-Strauss, *The Savage Mind* (Chicago, Chicago University Press, 1966), págs. 231-234. En muchos sentidos es esta distinción la que está en el núcleo del debate de Levi-Strauss y Sartre, págs. 245-269. Pero la visión que tiene Susman de esta tensión no es tan estática como la de Levi-Strauss. Ver también Finnegan, *op. cit.*, pág. 362 y J. C. Botton, "Some Malay Historical Sources", *An Introduction to Indonesian Historiography*, comp. por Soedjatmoko, Mohamad Ali, G. L. Resnik y George McT. Kahin (Ithaca: Cornell University Press, 1965), págs. 156-193, esp. pág. 182.

⁴⁷ Aquí sólo nos ocupamos de las sociedades modernas, porque en un sentido muy real toda la historia oral es historia reciente.

⁴⁸ Althusser, *Lenin and Philosophy*, págs. 143-161.

⁴⁹ Antonio Gramsci, *The Modern Prince and Other Essays* (New York, International Publishers, 1959).

⁵⁰ John Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (Stanford, Stanford University Press, 1967), págs. 204-206.

⁵¹ Aileen S. Kraditor, "American Radical Historians and Their Heritage". *Past and Present*, n° 54 (agosto de 1972), pág. 139.

⁵² Es precisamente esta falta de contexto lo que perjudica a obras

tales como Huey Long. Ver la crítica de R.G. Sherill en *The Nation*, 8 de noviembre de 1969, pág. 209. Un caso aún más extraño de intrusión es la de Sennett y Cobb en *The Hidden Injuries of Class*. Muy conscientes de la obra tanto de Althusser como de Gramsci, pero sin tener en cuenta el rol de una visión de la historia en la construcción de una ideología y tratando de evitar las consecuencias culturales de sus entrevistas, ante la contradicción de los miembros de la clase trabajadora que comparten y también son oprimidos por una ideología hegemónica, se ven obligados a una visión estrechamente conductista de sus informantes como personas sin ninguna definición objetiva de sí mismos o de su sociedad, afirmando de esa manera, en la propia obra de ellos, la validez de la ideología hegemónica.

⁵⁹ Esto no quiere decir que el análisis de la ideología no pueda unirse al análisis formal de la cultura como se usa en otras disciplinas. Ver en especial Maurice Godelier, "Systeme, Structure et Contradiction dans 'Le Capital'", *Les Temps Modernes*, vol. 22 (noviembre de 1966), págs. 828-865. Ver también Piaget, *op. cit.*, págs. 120-134 y el notable esfuerzo de Anthony Wilden en *The Language of The Self*, págs. 302-311.

⁶⁰ Cutler, *op. cit.* págs. 2-4 cita evidencia de olvido, pero los estudios sobre los cuales se basa este juicio, así como otros en el campo de la memoria, son tan estrechamente "experimentales" o conductuales que nos dicen poco acerca del funcionamiento real de la memoria histórica. Por ejemplo, ver los informes en *Memory and Attention: An Introduction to Human Information Processing*, comp. por Donald A. Norman (New York, John Wiley and Sons, 1968). Para una discusión más compleja de la historia oral y la memoria, véase Frisch, *op. cit.*, págs. 228-231.

⁶¹ Goldstein, *op. cit.*, pág. 5.

⁶² Glassie, *op. cit.*, pág. 57.

(Traducción de Antonio Bonanno)